Ilustración: Paulina Leyton

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

Cumpleaños de Onoru

José Eduardo Pinto Toro

Onoru era un niño que pertenecía al pueblo originario amerindio selk'nam, y hasta principios del siglo XX vivieron en el norte y centro de la Isla Grande de Tierra del Fuego. Ellos eran nómades terrestres, cazadores y recolectores. Onoru creció escuchando historias de sus mayores sobre la presentación de los niños ante los espíritus al cumplir la edad de ocho años solo acompañados de los hombres de la comunidad a un lugar apartado de la isla. Las mujeres y hermanos se quedaban en la aldea a la espera de su regreso.

Ante dichos espíritus y ante el ritual correspondiente, debían someterse a ciertas obligaciones, de lo contrario los espíritus no los atenderían de la mejor manera. Estas obligaciones eran parte del ritual desde la primera hora del día del cumpleaños: ser desnudados y pintados para ser trasladados luego de despedirse de sus madres y hermanos de la aldea.

El día anterior de su cumpleaños número ocho, Onoru estaba muy nervioso al ver cómo su madre imploraba a Xalpen, el espíritu de presentación, para que no lo dañara. Se sentía tan triste, no sabía qué hacer ni cómo actuar. Incluso muchas veces pensó en escapar, pero siempre se preguntaba: ¿hacia dónde iré?, ¿con quién iré?

Esas preguntas las tenían todos los niños de la aldea: largas ideas de escape o unión de más de uno. Justo antes de cumplir la edad necesaria para ser presentados ante el espíritu legislador de su niñez, había que portarse bien, comer toda la comida, obedecer, ayudar en los quehaceres de casa, en fin…

El día llegó y Onoru no durmió prácticamente en toda la noche, imaginando cómo lo recibiría aquel espíritu tan nombrado. Al levantarse, fue bañado por

su madre; mientras lo hacía, sus lágrimas corrían por sus mejillas. Onoru solo quería escapar, salir corriendo sin rumbo ni nada, tomar la mano de su madre y huir; era una pena enorme, ya que además no podía acompañarlo.

Había un ruido muy fuerte que venía desde muy cerca, sintió Onoru… Era su estómago, sus nervios, su miedo. Llegó el dí,a y para empeorar más la cosas, Onoru era el único niño de la tribu que cumplía sus ocho años de edad. Luego de su baño, su madre se acercó con pintura roja, con la que cubrió todo su cuerpo; luego líneas blancas lo rodearon, y en ese momento, escuchó la voz dulce de su madre diciendole que fuera muy valiente y que ella lo esperaría y estaría rogando a los demás espíritus para que el espíritu juzgador tuviese compasión con él y así no lo matara.

La aldea comenzó a cantar cada vez más fuerte como rezos implorando buena fortuna para Onoru, pero le llamaba la atención la serenidad de los hombres, incluyendo a su padre, los que esperaban pacientemente a que estuviera listo para llevarlo al lugar de la ceremonia. Ya listo, Onoru se acerca a su madre y hermanos; tan solo los abrazó sin decir ni una sola palabra, ya que su estómago no lo dejaba hablar por el ruido interior. Se dirigió hasta donde estaban los hombres y comenzaron la ruta caminando kilómetros de distancia desde su aldea. Por el camino, su padre le dijo: "Debes ser valiente y no demostrar jamás miedo ni bajar la mirada, ya que dicha actitud le molesta demasiado al espíritu".

Asustado más aún, Onoru no quería seguir caminando, pero tampoco se atrevía a decirle a su padre lo que le estaba pasando; su corazón palpitaba muy rápido, pero el miedo a las burlas y a la desilusión de su padre lo hicieron callar, menos desobedecer, queriendo arrancar, escaparse, pero para donde fuera, el espíritu lo encontraría y lo mataría. Al llegar al lugar, había una fogata gigante con mucho humo que la rodeaba. Los hombres se pusieron en círculo y en una roca alta posaba un cuerpo gigante con su rostro cubierto y resto pintado de color rojo, igual que él, pero en vez de líneas tenía círculos blancos. En ese

momento, los hombres comenzaron a gritar y decir: "¡Onoru, Onoru, no bajes la mirada!". Este cuerpo gigante comenzó a acercarse, y quedando más o menos a un metro de él, se quedó quieto, como si lo estuviera mirando fijo; cuando de repente, se impulsó y lo empujó. Onoru cayó lejos y se paró rápidamente; fue así como luego lo botó y comenzó la lucha. Onoru claramente medía mucho menos que ese cuerpo gigante, tratando de defenderse con golpes de puños y patadas, escuchó la voz de su padre diciendo: "¡Basta la lucha!". Onoru, agitado, lo miró y el padre le dijo: "Quítale la máscara". El cuerpo se agachó y Onoru le sacó la máscara, dándose cuenta de que era un hombre de la aldea preguntando: "¿Por qué?, ¿de qué trata esto?". El padre se acercó riendo junto a los demás hombres y le dijo: "Ya eres todo un hombre, debes actuar como tal, no debes hablar de esto con tu madre ni con nadie de la aldea, si no serás hombre muerto".

Fue ahí cuando Onoru comprendió el engaño de su tribu, que les enseñaba a todos la existencia de espíritus juzgadores. Dicho cuento hacía temer a sus madres y hermanos; mentira que hacía que ninguno quisiera cumplir ocho años. Las mujeres tenían que hacer lo que los hombres decían, si no también serían sometidas ante los espíritus justicieros, espíritus que claramente nunca existieron más que en sus mentes y se fueron transmitiendo de generación en generación.

Hoy en día, aún se comenta en mi región (Magallanes) la existencia de tribus nómades, de sus creencias y espíritus, cuentos que en esta zona son relatados por oriundos a quienes seguramente sus padres se las contaron, y me imagino que seguirá siendo así.

José Eduardo Pinto Toro
10 años
Punta Arenas
Segundo lugar regional